

Los nuevos bienes llegan acompañados de nuevas ansiedades. Puede enfermarse una vaca, romperse una pierna alguna oveja, y ambas sufrir los ataques de las fieras salvajes. Semejantes contingencias se deben evitar á toda costa. De consiguiente, crecen los deberes para con los dioses, y á las prácticas y sacrificios requeridos para aumentar las cosechas, vienen á agregarse otros para preservar y multiplicar el ganado. Aun tratándose de algunas gallinas, es preciso compartir los productos con las deidades.

Añádase á esto la posibilidad de que les roben el dinero, caso que ocurrió á un huichol rico que vivía cerca de Santa Catarina. Suponíasele que guardaba varias ollas de pesos enterradas bajo el suelo de su cabaña, y cierto mexicano persuadió á un indio civilizado á que le ayudase á apoderarse del dinero. Sorprendieron, pues, una lóbrega noche al inadvertido nabab, atáronlo fuertemente y lo maltrataron hasta que reveló el lugar en donde tenía oculto su tesoro, el cual ascendía, según cuentan, á la suma de quinientos pesos.

Á menos de convenir que la felicidad universal no es el objeto de la civilización, parece que los huicholes estaban mejor antes que después de la llegada de los blancos; cuando no había mucho que robar; cuando nada podían repartirse los jueces, ni vacas ni dinero, y cuando no había policía ni prisiones.

CAPÍTULO XIV

SEPARACIÓN DE PABLO—EL FINAL DE UN AMOR—PARTIDA Á SAN SEBASTIÁN—DIOSES Y SANTOS GENTILES—SAN SEBASTIÁN METAMORFOSEADO EN EL DIOS DEL FUEGO—VINO NUEVO EN ÁNFORAS ANTIGUAS—VALIOSA AMISTAD—RATONTITA—CUESTIONES DE LÍMITES—TECHANDO DE NUEVO UN SANTUARIO.

TUVE por este tiempo una prueba de la lealtad de Pablo. Necesité enviarlo á San Andrés, y al regresar, pocos días después, me dijo que mi antiguo amigo Carrillo le había encarecido mucho que no continuara un minuto más en mi compañía si no quería ponerse malo y morir. Carrillo, á lo que parece, se había visto tan grave al volver de Mezquitic que ni tortillas podía comer, y fue necesario, para curarlo, que lo atendiese un buen curandero por dos noches seguidas; su yerno, que había estado igualmente á mi servicio, cayó también seriamente enfermo, y noche con noche lo asediaba la pesadilla de que yo me le echaba encima; pero á pesar de pruebas tan severas, no se quebrantó la fidelidad de Pablo que me dijo una vez: "yo nunca me canso de V." y de hecho hubiera seguido conmigo á no ser por un asunto de faldas.

En el rancho á donde iba todas las mañanas á comprarme leche para mi desayuno, había encontrado una muchacha de buenos bigotes con quien no tardó en entenderse. El padre de la joven le pidió que retardara su matrimonio hasta que no volviese del viaje que iba á emprender conmigo; pero esto bastó para extinguir el ardiente fuego del enamorado, quien con característica inconstancia olvidó á su prometida para casarse con otra muchacha á quien los jueces de Santa Catarina habían elegido para

tenancha, y para bien de la misma, aceptó por su parte el empleo de prioste. Los magistrados dijeron á la pareja que se uniera—en otras palabras, los casaron *pro tem.*, como la mayoría de sus conocidos supuso, porque ambos eran ligeros de cascos, como verdaderos huicholes—y esto, por de contado, puso fin á nuestra compañía.

No dejaba Pablo de impacientarme algunas veces. No tenía, por ejemplo, el menor cuidado con mi equipaje, etc., y en los últimos días había perdido por completo la cabeza, volviéndose tanto más olvidadizo cuanto mayor atención le tributaban las mujeres. Seguíanle éstas aun al interior de mi tienda, y no perdían la ocasión de hablarle quedito y bajando los ojos al suelo. Sin embargo, me había sido muy útil. Me había entregado su confianza, y su fidelidad y honradez, tan insólitas en los indios, son los rasgos sobresalientes que de él conservo en la memoria.

El tiempo había estado frío, nublado y lluvioso, pero el día de mi salida de Santa Catarina se había compuesto. Era un día radioso de á mediados de enero aquél en que trepé los cerros de la orilla del pueblo, y continuó el buen tiempo hasta mitad del mes siguiente.

Para llegar al pueblo de San Sebastián, al otro lado de la profunda barranca del sur de Santa Catarina, se tiene que dar un rodeo de día y medio hacia el oriente. Como á medio camino, en lugar llamado Tierra Azul, pasamos junto á un templo y sus adyacentes adoratorios, todo completamente en ruinas. La gente del distrito había emigrado á una localidad del suroeste llamada Nogal, que había pertenecido también á los huicholes y estaba ahora bajo la dependencia de los mexicanos, quienes á su vez habían permitido establecerse en el referido lugar á los primitivos propietarios del mismo. Éstos, sin embargo, no han erigido ningún templo, por las especiales razones que parecen tener para llevar al de Santa Catarina sus flechas ceremoniales y jícaras votivas. Al segundo día

pasamos frente al rancho de una vieja, probablemente de más de cien años, ó de tan avanzada edad, por lo menos, que le creían los indios cuando aseguraba que había conocido á la Madre de los Dioses.

San Sebastián está inconvenientemente situado en el fondo de una fría y ventosa quiebra. Los indios nunca hubieran elegido semejante lugar, pues los restos de habitaciones nativas y del antiguo templo están fuera de lo que es propiamente el pueblo, en más alegres sitios. Mucha gente había reunida cuando llegué, á consecuencia de que hacía varios días que estaba, celebrándose la fiesta del cambio de las autoridades. Mientras buscaba una llanurita, al otro lado de la quiebra, donde acomodarme, salían muchos hombres y mujeres á verme. Un individuo se dejó caer de rodillas delante de mi mula, y cuando estuve cerca, púsose en pie y se aproximó á besarme la mano como los padres los han enseñado á saludarlos, y con no menor devoción me mostraban su respeto otros varios, aunque no de manera tan expresiva. Los pobladores del lugar han conservado se sencillez y rara vez ven á un blanco. En lo respetuosos son muy diferentes de los habitantes de Santa Catarina. Fueme fácil adquirir provisiones de gallinas y maíz, y hasta una oveja, que me llevaron de un rancho situado á medio día de distancia.

Al día siguiente estuvieron las autoridades en suficiente estado de sobriedad para verse conmigo, y me permitieron excavar debajo del hogar del antiguo templo, donde, conforme á la costumbre huichola, hay siempre una cavidad para poner probablemente una estatua del Dios del Fuego. Mas lo único que hallé fue una piedra circular plana sin labrado ninguno, como á profundidad de media yarda, en el fondo de un agujero cilíndrico. El templo se había quemado por completo treinta años antes, y como murió poco después el sacerdote principal, nadie había pensado

en reconstruirlo. Los que seguían adorando á los dioses nativos, hacíanlo en los templos de las cercanías; pero la iglesia ha modificado en muchas familias el primitivo culto, dando nacimiento á una religión bastante curiosa. Esa localidad fue la única donde encontré la fusión de que hablo, pues en las demás subsistían juntas la antigua y la nueva creencia. Allí, los custodios de los santos, y habíalos en número de más de una docena, habían instituído un culto católico exactamente igual al de los dioses paganos. Cada mayordomo cuida de que se ofrezcan debidamente flechas y tecomates al santo que vigila, y aun se han transmitido á éstos los nombres y cualidades de los dioses paganos. San Sebastián, representado en una grande pintura al óleo, es el Dios del Fuego; al crucifijo se le llama el Hermano Mayor, Dios del Aire y del Jículi, y á la Virgen María, la Joven Madre Águila de allá arriba.

Mostrábanseme todos afectuosos y atentos, y los jueces me enviaron dos tenanchas á que me hicieran tortillas para el camino. Asignáronme igualmente una mujer de edad madura para que me sirviese de intérprete mientras me hallara por allí. Hablaba ella el español notablemente bien, y me dijo con orgullo que su madre había sido "vecina" del pueblo de la Soledad. No parecía tener ni gota de sangre blanca, pero á todo indio que habla y se porta como mexicano le llaman "vecino." En tanto que los indios que no han salido de sus lugares nativos aborrecen á los intrusos, los que han crecido entre los blancos se jactan de parecerseles.

Me encaminé luego al templo de Ocota (huichol: *ocótsali*, "en donde hay ocote ó pino resinoso"). La pequeña agrupación de ranchos situados sobre el declive de una hermosa mesa se presentó á nuestra vista al punto como franqueamos la cima revestida de pinos. La región que se extendía al sur presentaba un aspecto diferente de la alta sierra, pues era más ondulada. Por esa época del

año, el agua era muy escasa en los alrededores y sólo podía encontrarse en las profundidades de las queiebras. Tres enormes salates crecían muy separados entre sí, y su intenso color verde contrastaba gratamente con los secos campos cercanos. Estos árboles, especie de higueras, son mirados con mucha reverencia, porque su madera es particular alimento del Dios del Fuego. Junto á las casas había algunos aguacates, bastante desarrollados, pero menos majestuosos que los otros reyes del bosque. El templo, situado en el extremo derecho del llano, ofrecía el aspecto de rancho por sus muchos adoratorios adyacentes. Observé tanto aquí como en San Sebastián que los perros eran muy bien alimentados.

Después de plantar mi tienda cerca de uno de los ranchos, me dirigí al templo donde encontré algunos indios, que aun no se iban, de los que acababan de celebrar la fiesta del jículi. Habiendo llegado demasiado tarde aquella ocasión, necesitaba precaverme para que no me fuese á ocurrir lo mismo en el templo anterior, el de Ratontita, y como parecía que nadie estaba al tanto de cuando se efectuaría la fiesta, induje á los indios á que enviasen á informarse sobre el particular. Como los mensajeros huicholes caminan siempre corriendo, no dejó el nuestro de volver en un tiempo increíblemente corto. Había atravesado la mesa en línea recta y bajado y subido los dos costados del profundo arroyo, recorriendo, en ida y vuelta, una distancia que no pudo ser menor de veinte millas, por un camino que era muy escabroso en su mayor parte. Nos trajo la noticia de que la fiesta no se celebraría antes de una semana, en vista de lo cual resolví quedarme unos días.

Las autoridades avisaron al mayordomo del Dios del Fuego, que era el hombre principal de Ocota, que fuese á verme. Ya me había recogido esa noche, cuando me sorprendió oír que alguien andaba cerca de mi tienda.

“Buenas noches” exclamó luego la visita, quien resultó ser el individuo llamado. Hablaba muy bien el español; me preguntó quien era yo y el objeto que me llevaba, y después de explicárselo brevemente, agregué que habiéndome ya acostado, preferiría verlo por la mañana. Accedió de buen grado, pero me dijo que él y todos los demás hombres iban á cortar zacate para el nuevo techo del templo,



Mi amigo de Ocota y su mujer.

y estarían muy ocupados en los próximos días. Ya había notado yo, en efecto, que el techo del templo estaba muy deteriorado.

El hecho de atreverse á despertar á un extranjero tan tarde, inusitado en un indio, demostraba que el hombre era resuelto. Al otro día tuve una entrevista muy satisfactoria con él y conocí que era el indígena más inteligente que había encontrado. Díjome que su padre era tepecano, su madre azteca y que él había nacido en Alquestán;

en su niñez había sido adoptado por los huicholes y acompañó á los peyoteros en muchos viajes. Interesándole la significación de cuanto veía, pronto adquirió gran conocimiento de los ritos y costumbres sagrados, llegando gradualmente á ser el hombre más influyente á la redonda. Su palabra era ley, y en cuanto á su opinión, todos la solicitaban y obedecían, así en lo religioso como en lo temporal.

Sus muchos viajes lo habían familiarizado con los arbitrios de los mexicanos, capacitándolo para proteger contra los intrusos la tierra de sus hermanos. Miran con desconfianza á los blancos y nunca les permiten que duren allí mucho.

El hombre á que me estoy refiriendo disponía de grande facilidad para explicarse y rara vez empleaba palabras inadecuadas á su objeto. Hablaba el español de un modo notable. Usaba muchos vocablos que nunca había oído yo ni en la conversación de mexicanos de buena clase social, lo que era en él más sorprendente todavía por la circunstancia de que no sabía leer ni escribir. Llegó á dictarme largas tradiciones que yo trascibía al pie de la letra. Varias veces se empeñaba en hacerme escribir más de lo necesario, diciéndome que quería que sus informes fuesen completos. Díjome, entre otras cosas, que desde hacía cincuenta años no había habido allí nahuales. Eran éstos sacerdotes cantantes que comían *yerba de lobo* cinco veces seguidas para convertirse en esa clase de animales é ir á cazar venados, pero que al sexto día recobraban su forma humana.

Como puede suponerse, procuré aprovecharme de tal hombre, y durante mi permanencia en Ocota diariamente lo interrogaba todo el tiempo que era posible, pues como todos los naturales cuando se les apura el cerebro, fácilmente se fatigaba, y una vez cansado, tornábase adusto y corto de palabras, siendo imposible tratar con él al cabo de un rato.

Una vez llegó un emisario de Ratontita para informarse respecto á mí y á mi proyectada visita á dicho lugar; mas como mi nuevo amigo lo tranquilazara, recibí formal invitación para ir. Insistí mucho con mi poderoso intercesor para que me acompañara, y lo conseguí mediante la promesa de darle un peso diario y sus raciones.

La senda que seguimos pasaba por un profundo arroyo

y era peligrosa, en algunos puntos, para las mulas cargadas, pero arribamos sin contratiempo al lugar de nuestro destino. Al segundo día llegamos á un rancho que parecía de lejos una pequeña hacienda. Hallé al hijo del propietario en un destilatorio que había en una quiebra cercana, haciendo *toch* para venderlo en la fiesta próxima. Esa vez fue la única que vi á un huichol volver á destilar el aguardiente nativo para hacerlo más fuerte. Dicho licor se vende á treinta y siete centavos el cuarto. En la misma parte meridional de la región huichola encontré muchos guacamayos domesticados en los ranchos, parados comúnmente por pares en las ramas de algún árbol cercano.

Conforme nos íbamos aproximando, nos parecía Ratontita más pintoresca que Ocota. Consta de una agrupación de ranchos al rededor del templo y los adoratorios. En cuanto á la gente, que sabíamos por experiencia era desconfiada de los extraños, se nos mostró reticente é inhospitalaria. Dentro del templo había colgado un ratón disecado que por ningún precio hubieran cedido los indios. Era, sin duda, el héroe-dios de la localidad y en él pensaban los mexicanos cuando la denominaron Ratontita. Los huicholes, sin embargo, le dan el nombre de Taquitzata, que significa "las hebras del maíz están colgando."

La siguiente mañana, antes de amanecer, llamaron á mi compañero á consulta los principales indios para interrogarlo respecto á mí, y cuando los hubo puesto al tanto de todo, les vino la idea de que los ayudase en sus dificultades de tierras, y enviaron por su escribano que vivía á dos días de distancia en el mineral de Bolaños. Pretendían que yo le escribiese una carta al Presidente de la República pidiéndole que no permitiese que les dividieran individualmente las tierras, y deseaban al escribano para que se cerciorara de que yo cumplía bien el encargo; pero como afortunadamente no llegó á Ratontita mientras estuve allí, y mi guía, que iba á tener intervención en la

carta, se embriagó pronto, permaneciendo en tan feliz condición todo el tiempo que duró la fiesta, me salvé del delicado compromiso en que me hubieran puesto.

El huichol que me había llevado de Santa Catarina se me presentó un día muy excitado, quejándose de que la gente del lugar se expresaba muy mal de él, que nada les había hecho. Ni siquiera lo conocían, pero la circunstancia de ser de Santa Catarina dábales motivo para no quererlo. Los resentimientos son grandes á causa de las continuas disputas de tierras entre los diversos distritos. Cuando los misioneros establecieron los pueblos, fijaron igualmente la extensión de terreno que á cada uno tocaba, ó en otras palabras, dividieron la tierra en distritos; pero como no determinaron con precisión los linderos, ha sido esto, desde entonces, causa de mucho desacuerdo. Agravan la situación los celos que naturalmente surgen entre las diferentes secciones de la tribu. Mientras más tiempo pasaba yo con los indios, más palpablemente veía la poca solidaridad que hay en la tribu. Á cada distrito interesan únicamente sus propios negocios, y le es indiferente la suerte de los demás. No sería excesivo asegurar que á ningún distrito le importaría un bledo que "los vecinos" se apoderaran del dominio de todo el resto de la tribu, con tal que les dejasen intacto el suyo. Mucho menos se preocupa una tribu de lo que acontece fuera de sus límites. Esa usual condición de la sociedad primitiva explica, sin duda, por qué fue para los españoles relativamente fácil conquistar á los indios de México, pues no sólo desatienden unirse contra el enemigo común las diversas tribus, sino que aun en la misma no cesan las disensiones.

Entretanto, los preparativos para techar de nuevo dos de los adoratorios habían avanzado y tuve oportunidad de presenciar la operación. Para los blancos es cosa común y corriente ponerle techo á una casa ó iglesia; más para los huicholes es un rito solemne y religioso, lleno de sim-

bolismo en todos sus detalles. Frente á los adoratorios había notado al llegar los montones de la yerba especial que iba á emplearse, así como largos carrizos rajados longitudinalmente, tendidos en el suelo, ya listos para ser utilizados en la armazón del techo, y regueros de hojas de palma cuya tiras servirían de amarres. Muy cerca de todo este material, los últimos en cuanto al lugar y los primeros en importancia, veíanse los objetos ceremoniales que había sido necesario sacar de los adoratorios.

Comenzó la ceremonia cuando el sacerdote principal hubo escogido cuatro gruesos manojos de zacate y puesto solemnemente encima de ellos ocho largas varas. Desempeñaba con mucha dignidad su cargo, mostrando tal aire de superioridad cual si nada en el mundo tuviera en aquel momento tan suprema importancia como el acto de techar las casas de sus dioses. Era de complexión fuerte, de bastas y groseras facciones, pero por su rostro se difundía una expresión de sencillez infantil bajo el cerco de sus largos y desmelenados cabellos. Insólitamente áspera y abundante era su cabellera, y de color muy negro, con excepción de una visible salpicadura de canas que le blanqueaban irregularmente á lo largo de las guedejas. Parecía indio de raza pura, porque su cuerpo era tan oscuro como el de los huicholes ordinarios, aunque tuviese menos negra la cara.

Él y su ayudante inmediato se sentaron en unos equipales que estaban cerca, poniéndose con toda naturalidad á tejer ocho animales de paja, cuatro para cada adoratorio, que representaban *ilacuaches*, auxiliares necesarios de los templos y casas de los dioses. Con un delgado rollo de zacate se formaba el cuerpo, y les ataban en los extremos superior é inferior dos largos tallos de la misma yerba como para estirarlos. Adornáronlos luego con plumas de perico y de guacamayo, las primeras para simbolizar las solicitudes de lluvia, y las segundas en expresión

de reverencia al fuego y al sol. Ambos hombres escupían frecuentemente sobre los animales que hacían y les ponían encima las manos, muy devotamente.

Prepararon también un manojo de hojas de un árbol llamado *tempisque* para impedir, colgándolo bajo del techo, que sobreviniese cualquier mal á la casa.

Cuando todo estuvo listo, cuatro jóvenes treparon al techo, provistos de los animales de paja, y después de efectuar al rededor de la armazón el inevitable circuito ceremonial, hazaña bastante difícil, amarraron los cuatro paquetes bajo la parte superior de las latas, en posiciones opuestas, con los cuerpos colgando y las colas hacia arriba sobresaliendo del caballete. Hecho esto, bajáronse prestamente.

Podía ya comenzar la operación. El sacerdote, con dos de las cañas en la mano, las presentó á las seis regiones del mundo y las llevó al adoratorio, seguido de cuatro hombres que cargaban en sus brazos los envoltorios de paja. Dieron la vuelta ceremonial en torno del edificio y procedieron á colocar en la fila más baja del techo, primero á la derecha y luego á la izquierda, dos manojos en cada lado. Aseguraron el extremo superior de la capa de paja con una vara cruzada que fueron amarrando en los cruces con tiras de hoja de palma. Todo lo hacían con precisión y rapidez, como hombres prácticos y cumplidos. Una vez terminada la primera fila, quedáronse en pie sin cambiar de sitio, y pusieronse á orar en alta voz, ofreciendo su obra á los dioses y pidiéndoles en cambio buena salud. La siguiente capa se tendió con idénticas ceremonias, repetidas hasta que se hubo completado el trabajo. Á pesar del considerable tiempo empleado en rogativas, oraciones y vueltas ceremoniales, acabaron la operación en una hora. El nuevo techo se veía limpio y aseado, y las cuatro colas sobresalían muy erguidas.

Entraron luego en la casa cuatro hombres, uno de los cuales saltó al altar, y con la mayor diligencia pusieronse todos á recoger cuanto brizna de yerba había caído. Al hacerlo, gritaban cual si estuviesen llamando á los perros en una cacería de venados, y cuando terminaron, cada



Los techadores del adoratorio de Ratontita en oración.

quien tenía en la mano un puñado de zacate. Sentáronse entonces en el suelo, unos junto á otros, á registrar la paja recogida; separaron de la tierra y los pedacitos menores, únicamente los más grandes, y entraron de nuevo en el templo, donde los quemaron. Tal rebusca tenía por objeto encontrar pelos de venado, y aunque al lector pudiera parecer esto equivalente á buscar una aguja en un garban-

zal, me aseguraron los huicholes que suelen hallarlos. El caso, después de todo, no es imposible, pues los venados son abundantísimos, y algunos pelos se pueden ir entre el zacate cuando lo cortan. El encuentro de ellos augura prosperidad en la caza del año siguiente; en otras palabras, son emblema de felicidad. El que tiene la buena suerte de hallarlos entrega su tesoro al sacerdote, quien lo escupe y se lo devuelve.

Los objetos ceremoniales fueron restituidos á su lugar dentro del adoratorio; entraron los techadores á orar un rato, y todo quedó concluído. Los templos se techan de la misma manera.